

á hacer el cumplido de día, porque de noche vienen á divertirse; es decir, que el que tiene tertulia un día á la semana se sacrifica todo el resto de ella.

—Bien, no recibiremos—dijo Pepe, cuyo carácter era muy dócil y muy complaciente;—pero lo del teatro me lo has de conceder. Espero convencerte de que no es bueno aislarse del todo, y de que la sociedad, si da alguna pequeña incomodidad, proporciona también algunos ratos agradables.

—Yo espero convencerte—repuso Rosario,—de que la sociedad exige mucho y da muy poco. Apenas la he frecuentado; pero no lo deseo, porque tengo mala idea de ella: creo que de tantas personas como vienen á esta casa dos noches á la semana y todos los días, si hubiera en ella una enfermedad ó una desgracia cualquiera, sólo quedaríamos, para consolar y hacer compañía á la Marquesa, nosotros y nuestros padres. Créelo, Pepe, y no te sacrifiques por esa sociedad, compuesto ruín de necios, de egoístas y de ingratos.

VII

Tres semanas después, y un lunes por la noche, se casaron Pepe y Rosario, Paco y Casilda.

Acabada la boda de los primeros, tuvo lugar la de los segundos.

La Marquesa fué la madrina del casamiento de su ahijada, y don Dámaso el padrino.

Después Rosario y su marido sostuvieron el yugo de seda sobre las jóvenes y alegres cabezas de Casilda y de Paco.

Terminada la ceremonia, fueron todos á casa de la Marquesa, que, con el pretexto de enseñar á Rosario unos encajes, la llevó á su gabinete y le habló gravemente.

—Hija mía—le dijo,—es preciso que escuches algunos consejos que voy á darte, y que estoy cierta te hubiera dado también la excelente señora que te llevó en su seno y que ya está en el cielo.

Escúchame: si quieres ser dichosa, modera tu severidad, en la vida doméstica sobre todo, y también en la vida social.

Tú eres buena, eres casi una santa; estás dotada de mil bellas cualidades; tienes talento y un

corazón tierno. Pues bien, mi querida Rosario: no las ocultes todas con el tupido y áspero velo de la intolerancia; no exijas en todo y en todos la perfección absoluta; piensa en que la bondad tiene distintas manifestaciones, y que en todos los caracteres hay su claro obscuro: aprecia el claro; el obscuro haz, siempre que te sea posible sin menoscabo de tu dignidad, como que no lo ves.

Hazte también un poco tolerante por lo que toca á economía. El servicio doméstico está muy viciado, y sólo cambias de criados por tu excesiva rigidez: á trueque de que duren y de estar bien servidos, súfrelas algo, y ya que tienes para ello, dales sueldo suficiente para que estén contentos y hallen ventajas en estar al lado tuyo.

Sobre todo, hija mía, te encargo mucho tacto con tu suegra y con tu marido. Ella es una señora acostumbrada á un trato delicado, al lujo, á la comodidad. Pepe se ha criado al lado de su buena madre bastante mimado y un tanto consentido: no te muestres dura ó brusca con él, ni desatenta con su madre; gustará de llevarte á los paseos, á los teatros, á los saraos; no hagas de tu casa un convento; no huyas de las diversiones absolutamente. Cuando un esposo dice *ven*, nunca debe la esposa negarse á acompañarle, porque si sopor-ta la negativa dos ó tres veces, á la cuarta se va solo; á la quinta se halla muy bien con su libertad, y luego se alaba con sus amigos de haberla recobrado y de haber sacudido el ridículo *yugo con-*

yugal. Rosario, haz, ante todo, que tu marido halle agradable tu compañía, y tu casa preferible á todas las diversiones.

En una palabra, querida Rosario, tus obligaciones arduas y verdaderamente penosas es ahora cuando empiezan. Antes tenías la libertad de un ama de su casa y ninguno de sus penosos deberes; hoy descansan en tí el reposo y la felicidad de toda una familia.

Rosario oyó en silencio estas amonestaciones de su amiga. Su corazón era bastante noble y su alma bastante fuerte para no ofenderse por ellas; por el contrario, nunca, como entonces, conoció el interés que su suerte inspiraba á la Marquesa, y la abrazó dándole gracias con toda la efusión de su alma.

—Si alguna vez—prosiguió su madrina,—tu espíritu desfallece, ven á mí, hija mía: yo te daré consejo, y si no puedo consolar tus penas, las lloraré contigo.

—Gracias, señora—respondió la joven:—yo espero en Dios no tener penas, ó, á lo menos, penas de gran consideración; pero si las tuviese, creo que sólo á usted me decidiría á confiarlas, y que las ocultaría de todos, hasta de mi padre.

Rosario, al hablar así, estaba, en efecto, casi segura de no tener pesares; contaba con transformar á su gusto á su marido, cuya suave condición y dulce carácter le eran conocidos.

—Yo le quitaré—pensaba,—sus hábitos ro-

mánticos, su afán de gastar y esas mil malas mañanas hijas de una educación mimada y consentida.

La casa era bastante grande para que todos viviesen con comodidad. Casada y vecindada en el sotabanco Casilda, quedaban sin doncella; pero la generala tenía una buena, y dijo á Rosario:

—Benita es juiciosa y fiel: si quieres, la traeré y nos servirá á todos.

—Más vale esa, que es ya conocida—dijo Rosario,—que otra nueva.

La vida empezó, por decirlo así, bajo una nueva fase para aquellas cuatro personas.

Deslizábase feliz para Rosario, porque se veía adorada de su marido, al que ella adoraba á su vez, si bien de un modo menos expansivo y visible que él, á causa de su carácter reconcentrado.

Feliz para don Dámaso y para doña Benigna, que así se llamaba la madre de Pepe: al ver á sus hijos tan dichosos, ninguna otra cosa pedían al cielo.

Feliz, sobre todo, para Pepe, que á cada instante hallaba en su esposa nuevas perfecciones físicas y morales.

Rosario, en efecto, parecía haberse embellecido aún con el amor: el amor había dulcificado su mirada y hecho nacer sobre sus labios una bella y casi habitual sonrisa.

Don Dámaso y doña Benigna se entendían muy bien, y pronto los unió una perfecta simpatía. Aunque su educación había sido muy diferente, la

bondad y la tolerancia allanan todas las dificultades del trato, ó á lo menos aquéllas que, por lo salientes y pronunciadas, puedan dar origen á que se tropiece en ellas.

La vida parecía, pues, abrirse radiosa y feliz para aquellas cuatro personas.

Una mañana, durante el desayuno, don Dámaso estaba preocupado.

—¿Qué tiene usted, padre?—le preguntó Rosario, que fué la primera que advirtió su preocupación.

—Tengo—dijo el anciano—una idea que me ha ocurrido y me ocupa la cabeza.

—Dígala usted, querido papá,—repuso Pepe con acento afectuoso.

—¡Papá, papá!—murmuró Rosario.—Yo no sé qué manía tienes de gastar esas pinturas: ¿no ves cómo yo le digo padre?

—Y haces mal,—repuso Pepe.

—¿Por qué?

—Porque nadie, más que la gente ordinaria, dice padre y madre.

—Pues yo madre le digo á la tuya.

—Y te repito que haces mal.

—¡Mejor! ¡A tí te parece eso, y á mí me parece lo contrario: *pata!*

—Tienes razón, Pepe—opinó don Dámaso:—es más fino decir *papá* que *padre*.

—Yo digo que la razón es de Rosario esta vez—observó doña Benigna:—*padre* decía yo al mío;

MADRE decía Jesús á la Virgen; PADRE llamamos al Todopoderoso. La moda saca cada día estilos nuevos que no son mejor que los antiguos.

—Doña Benigna, usted desempeña su nombre á las mil maravillas, y sobre todo con mi hija—observó don Dámaso:—en todo y por todo le da la razón.

Rosario dió gracias á su suegra con una mirada afectuosa, y luego dijo:

—Me da la razón cuando la tengo. A mí me gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino; que soy aragonesa y muy franca.

—Una cosa es ser franca, y otra cosa ordinaria—observó Pepe:—la educación es de todos los países.

—¿Y es educación mejor el decir *papá* y *mamá* que *padre* y *madre*?

—A lo menos es el uso establecido.

—Pues síguele tú.

Pepe iba á responder tal vez con alguna aspreza; pero una mirada de su madre le cerró la boca como un candado, y Rosario quedó triunfante; como se dice vulgarmente, *la suya* había sido la última.

Su marido enrojeció de cólera; se veía humillado por la brusca terquedad de la joven.

—*Papá*—dijo recalcando mucho esta palabra como para vengarse de su derrota,—diga usted qué idea es esa que le ocupa la cabeza.

—Pues es, hijo mío, que yo ya estoy viejo y

cansado: tengo sesenta y dos años, y la cabeza pesada para cuentas y negocios; y que, habiendo en casa tanta hacienda que ha de ser tuya un día, es una majadería que sigas con tus estudios de ingeniero, que el día menos pensado te harán ir á una población lejos de nosotros para dirigir alguna obra ó para descubrir alguna mina.

—¿Y qué?—exclamó Pepe.—¿Quiere usted que deje mi carrera, señor?

—¿No está ya acabada? Pues el día que la necesites, te servirá.

—¡Pero no ser nada en el mundo!

—Hombre, lo que has de ser ya lo eres: dí que no ejerces lo que sabes; y además, yo he sido toda mi vida un hacendado laborioso, que he dado de comer á muchas familias: ¿no vale esto más que todo?

—Este tiene otras pretensiones,—observó Rosario irónicamente y resentida aún de la repetición de la palabra *papá*.

—No, Rosario—repuso su marido;—sino que yo me he casado contigo contando con que tenía para mantenerte, y haciendo ahora lo que dice tu padre, no ganaré nada y voy á ser el mantenido.

—Hijo—exclamó el honrado labrador,—¿te parece poco el descansar en la administración de mis bienes y hacerlos prosperar? Trabaja, que dinero hay para mejoras: con el agua que se desperdicia puedes establecer una hermosa fábrica de

papel y un molino harinero; puedes mejorar los vinos en los lagares; puedes distinguirte al fin como agricultor y como propietario; como gran contribuyente, puedes sentarte en la Cámara y defender á tu país. Trabaja, hijo mío, trabaja, que el trabajo engrandece al hombre, cualquiera que sea su condición.

Don Dámaso, al hablar así, tenía el semblante animado; su mirada era brillante. Aquel hombre sencillo, pacífico, casi ignorante, parecía transfigurado, y este milagro era obra de la bondad, pues sólo el deseo de proporcionar á su yerno el descanso y el bienestar, la tranquilidad á su hija con la constante compañía de su marido, y la felicidad á doña Benigna con la seguridad de un porvenir lisonjero, era lo que le había prestado aquella elocuencia momentánea.

—Sí, padre mío—exclamó Pepe participando del entusiasmo del anciano;—sí, yo seré algo, y mi mayor afán será el descansar en todo lo que esté en mi mano: mejoraré tus fincas, seré benéfico para los pobres que ganan el pan en tu casa, y tú tendrás, estoy seguro de ello, una vejez dichosa y prolongada por el cariño de tus hijos.

Lágrimas de enternecimiento corrían por las mejillas de doña Benigna y de Rosario.

—¿Ves?—exclamó ésta olvidando su resentimiento y tomando la mano de su marido.—¡Ahora que has querido emplear un lenguaje expresivo y tierno, le has llamado padre!

—Y *padre* es la dulce palabra que calma todas las grandes aflicciones de la vida,—dijo doña Benigna, que era siempre el iris de las pequeñas borrascas.

—Está decidido—dijo don Dámaso:—dejas tu carrera y te encargas de la casa.

—No tengo más voluntad que la tuya, padre mío,—repuso Pepe.

—Pues ahora vámonos á dar un paseo al sol—opinó doña Benigna:—á los cuatro nos hace falta, y á tí sobre todo, Rosario, que hace días que no sales.